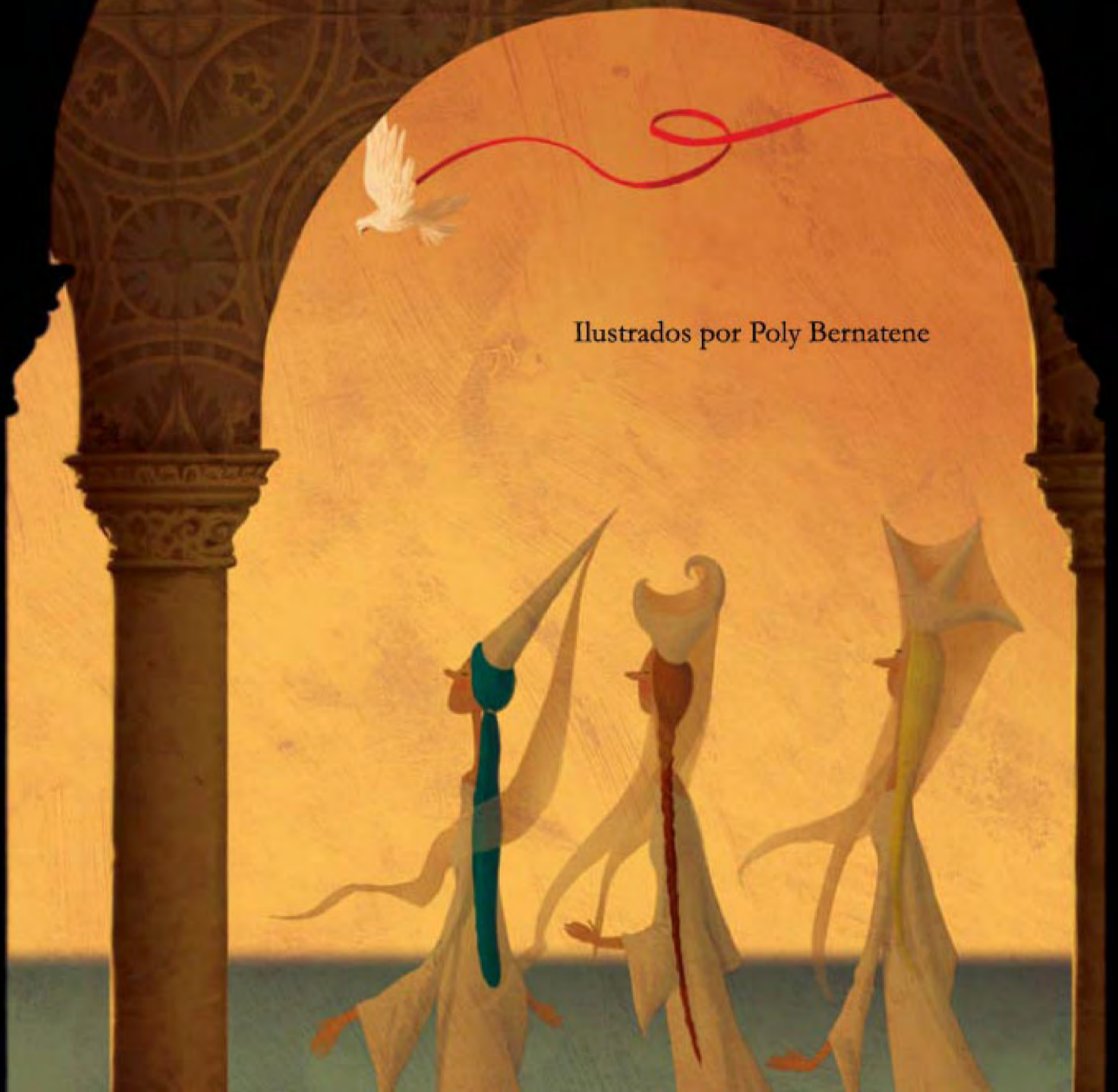


LOS MEJORES CUENTOS DE

Hadas

Ilustrados por Poly Bernatene





Cuentan que en un rincón del país de Gales, hace casi mil años, en una casa de campo vivía una viuda con su hijo único, un muchacho llamado Lew. Todos los días, cuando apenas salía el sol, él sacaba del corral su ganado: tres vacas lecheras, dos bueyes y veinte ovejas. Con la ayuda de un perro grande y peludo, llevaba los animales hasta un largo perdido entre las montañas, porque en las orillas siempre crecía buen pasto, verde y tierno. Allí pasaba el día. Al mediodía comía un pan horneado por la madre y un rato antes del anochecer, arreaba de nuevo el ganado hasta la casa. Esta era su vida, semana tras semana, sin cambios.

El muchacho nunca encontraba a nadie en el camino ni junto al lago, y por eso una mañana se asombró cuando, al acercarse al lugar de los pastos verdes, oyó cantar a una mujer. La voz era muy dulce y Lew apuró a los animales para llegar pronto y saber quién cantaba de ese modo, pero había mucha niebla en la orilla del lago y no se veía más que el bulto oscuro de los árboles que crecían cerca del agua. Muy decidido, dejó el ganado comiendo tranquilo al cuidado del perro y caminó hacia el lugar de donde venía la canción misteriosa. Sólo oía el crujir del pedregullo bajo la suela de las botas, y la voz de la desconocida.





La mujer dejó la bolsa en el suelo, la abrió y empezó a hurgar allí, hasta que sacó una flauta de caña.

-Aquí tienes. ¡Que te diviertas y no te canses!

Le dio el regalo con una mano rara, con cuatro dedos unidos por una piel fina, como la pata de un pato. José no sabía que, esto era una señal de que estaba ante una anjana, como llaman a las hadas en esas tierras de España.

Cuando ella se fue, él sopló la flauta. Los dedos parecían moverse solos, hubo una música alegre, que nunca había oído, y las cabras empezaron a bailar: unas en dos patas, otras saltando y muchas corriendo alrededor de él.





Ellos se guiñaron el ojo y mintieron: . .
-No valen más que una moneda pequeña. Pero le daremos dos, porque somos generosos.
-Que tengan ustedes el doble de la suerte que merecen, entonces -murmuró ella.
Ellos llevaron las vacas a un prado y Pedro sopló la flauta.

Inmediatamente, la música hizo bailar a los hombres, pero las vacas se quedaron quietas y empezaron a hincharse. Un momento después hubo un estallido, una nube de humo ¡y en su lugar aparecieron cuatro toros negros y corpulentos, que bufaban y rascaban el suelo con las pezuñas!
-¡Deja de tocar! -gritó Juan.

Pero por más que Pedro tiró la flauta, la música siguió. Los toros mugieron, agacharon los cuernos y arremetieron contra los hombres, que salieron corriendo, pero sin dejar de dar cabriolas y pasos de baile. Nunca más se supo de ellos. Al otro día, la flauta apareció de nuevo en el bolsillo del hermano menor.



Y Rosalía se quedó. Aguantó soles de verano y fríos de invierno, viento y lluvia. Comió lo poco que crecía en el huerto: algún tomate, alguna naranja, alguna lechuga... Pasaron los dos años y un día, al salir el Sol, se formó una puerta en la pared y apareció el príncipe Marco, hermoso y bien vestido como si saliera de su palacio. Rosalía se levantó del suelo, donde había dormido hecha un ovillo, como todas las noches de esos dos largos años. Tenía la ropa andrajosa, el pelo revuelto, estaba muy flaca y con la piel llena de tierra, áspera y quemada después de tanto tiempo al aire libre. El otro la miró y dijo: -¡Aj, estás hecha un asco! -¡Estoy así por ayudarte, amor mío! -dijo ella, sin acabar de creer lo que oía.



-¿Y no te da vergüenza haberte humillado así por un hombre?
-contestó Marco, que alzó la nariz, muy orgulloso, y se fue dejándola hecha un mar de lágrimas, sentada en el piso.



Cuando caía la noche, entre sollozo y sollozo, ella sintió que alguien le tocaba un hombro. Levantó la vista y vio a tres mujeres delgadas, vestidas con largas túnicas. -Yo soy Estrella y mis compañeras se llaman Luna y Cielo -dijo la que la había tocado-. Somos hadas y te vamos a ayudar. Ya sabemos qué te pasó. ¡Vamos, ánimo, arriba! -agregó, ayudándola a pararse. Después le dio un beso en la frente y Rosalía quedó limpia, perfumada y todavía mucho más hermosa que antes. El hada Luna le puso una mano en el pecho y los andrajos se convirtieron en un vestido de reina. El hada Cielo le pellizcó una oreja y la muchacha quedó adornada con aros de brillantes, collares y pulseras de oro y anillos de esmeraldas.

-Ahora, hay que hacérsela pagar a Marco - anunciaron las tres, tomándola una de cada mano y la tercera por la cintura-. No te asustes, que vamos a volar.

Y así fue; las hadas se llevaron a Rosalía por el aire y un momento después aterrizaron frente a un castillo. -¿A que no sabes quién vive allí? -preguntó Estrella y sin darle tiempo a contestar agregó:- -Sí, el bueno de Marco. En fin, Rosalía, lo primero es ahora que tengas casa propia -y levantando las manos al mismo tiempo, las tres hadas hicieron aparecer un palacio lujoso, con torres, tejados de plata y banderas de colores que flameaban al viento. Ya era de noche, así que llevaron a la chica adentro para que durmiera.